

gará hasta las nubes, sus felicidades corresponderán á sus deseos, y todo este conjunto de gloria no será por último mas que un monton de cieno, del que solo quedarán la infeccion y el oprobrio.

Gran Dios, vos que sois el protector de la infancia de los Reyes, y sobre todo de los Reyes pupilos, apartad todos estos lazos del precioso Niño que nos habeis dexado por vuestra misericordia: éste puede deciros, como decia en otro tiempo un Rey, segun vuestro corazon; *mi Padre, y mi Madre me han abandonado*: apenas habia abierto los ojos para ver la luz, quando una temprana muerte cerró los de Adelayda, que me habia tenido en su seno, cuyas amables y magestuosas facciones aún están pintadas sobre mi rostro, y los del piadoso Principe de quien recibí la vida, y cuyos religiosos pensamientos siempre estarán gravados en mi corazon. *Pater meus, & Mater mea dereliquerunt me*. Pero vos, Señor, que sois el Padre de los Reyes, y el Dios de mis padres, vos me habeis tomado baxo vuestra proteccion, y me habeis defendido con la sombra de vuestras alas, y de vuestra bondad paternal: *Dominus autem assumpsit me*.

Gran Dios, guardad su inocencia como un tesoro, aún mas apreciable que su Corona: haced que crezca con su edad: tomad en vuestras manos su corazon, para que el impuro fuego de la sensualidad jamás profane un Santuario, que há tanto tiempo que os habeis reservado: *Custodi innocentiam*. (1)

Mirad aquellos principios de rectitud y de verdad, que habeis puesto en su alma: aquel espíritu de justicia y de equidad que cada día se vá manifestando, y que parece haber nacido con él; aquella aversion que manifiesta á los artificios y falsas alabanzas del lisonjero: y no permitais que la adulacion corrompa jamás estos felices principios de nuestra futura felicidad, & *vide equitatem*.
Rey-

(1) Psalm. 36.

Reyne para felicidad nuestra, y reynará para gloria suya: reduzca toda su ambicion á hacer dichosos á sus vasallos: sea su mas amado título el de Rey bienhechor y pacífico: en tanto será grande, en quanto sea amado de su pueblo: sea el modelo de todos los buenos Reyes, y dexé despues de sí este Rey pacífico, otros Reyes que le sean semejantes: *Quoniam sunt reliquia homini pacifico*: recibid estas súplicas, ó Dios mio, y sean para nosotros prendas de la tranquilidad de la vida presente, y esperanza de la futura. Amen.

SERMON

PARA EL SEGUNDO DOMINGO

de Quaresma, sobre el respeto que los

Grandes deben á la Religion.

Et ecce apparuerunt illis Moyses, & Elias, loquentes cum Jesu.

Y al mismo tiempo vieron á Moysés y Elias que hablaban con Jesus. *Matth. 17. 3.*

SEÑOR.

LOS dos moyores hombres que jamás huyo en la tierra, vienen hoy al santo monte á tributar sus respetos á la gloria y magestad de Jesu-Christo.

Moysés, aquel Dios de Faraon, aquel Legislador de los pueblos, vencedor de los Reyes, dueño de la naturaleza, y aun mucho mayor por el título de siervo fiel de la Casa del Señor.

Elias, aquel hombre milagroso, terror de los Principes impíos, que podía hacer baxar fuego del cielo, ó subir él mismo á él en un carro de gloria y de luz, y

mu-

mucho mas célebre por el santo zelo que le consumia, que por todas las maravillas que adornan la historia de su vida.

Con todo eso, uno y otro solamente fueron grandes porque habian sido imagenes de Jesu-Christo: hoy pues, vienen á adorar á aquel á quien habian figurado, y á dar á este Divino original el poder y la gloria que á solo él es debida, y de la que ellos no habian sido mas que como los precursores y depositarios.

Esta es, Señor, la suerte de los Principes y Grandes de la tierra: solamente son Grandes porque son imagenes de la gloria del Señor, y depositarios de su poder, y así deben defender los intereses de la religion, cuya magestad representan; y respetar á la religion, que es la que á ellos los hace respetables.

Digo respetar la religion, porque esta los pide un respeto de fidelidad, figurado en Moyses, que los haga observar sus máximas; y un respeto de zelo, representado en Elias, que los haga protectores de su doctrina y verdad.

Deben ser fieles en la observancia de sus máximas, y zelosos en defensa de su doctrina, y de su verdad: imploremos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

SEÑOR: el haber nacido Grande, y vivir christianamente nada tiene de incompatible, ni en las funciones de la autoridad, ni en las obligaciones de la religion: seria hacer agravio al Evangelio, y adoptar las antiguas blasfemias de sus enemigos, el mirar nuestra religion como religion del pueblo, y como una secta propia solamente de la gente baxa.

Es verdad que los Césares y poderosos del siglo no creyeron desde luego en Jesu-Christo; pero esto no fue porque su doctrina reprobaba su Estado, sino porque reprobaba sus vicios: era tambien necesario hacer ver al

mun-

mundo que el poder de Dios no tenia necesidad del de los hombres: que el crédito y autoridad del mundo eran inutiles para una doctrina baxada del cielo, y que por sí sola era suficiente para establecerse en el Universo: que el declararse contra ella, y perseguirla todas las Potestades del siglo, solo habia de servir para afianzarla mas; y que si en el principio no hubiera tenido por enemigos á los Grandes de la tierra, se hubiera visto privada del principal motivo que despues los mudó en discípulos suyos.

Y así, la ley del Evangelio es la ley de todos los Estados: quanto mas superiores nos hace nuestro nacimiento á los demás hombres, mas motivo de ser fieles á Dios nos subministra la religion, quiero decir, mas motivos de agradecimiento y de justicia.

Sí, Católicos, el haber nacido Grandes y poderosos no lo debeis á la casualidad. Dios, desde el principio de los siglos, os habia destinado esta gloria temporal, os habia señalado con el sello de su grandeza, y separado de la multitud con el resplandor de los títulos y distinciones humanas: ¿qué méritos eran los vuestros para haber sido preferidos á los demás hombres, y con especialidad á tantos infelices, que no tienen mas sustento que el pan de lágrimas y amarguras? ¿No son éstos, del mismo modo que vosotros, obra de sus manos? ¿no fueron tambien rescatados con el mismo precio? ¿No habeis sido vosotros formados del mismo barro que ellos? ¿no estais acaso cargados de mas delitos? La sangre de que descendeis, aunque sea mas ilustre á vista de los hombres, ¿no dimana del mismo corrompido principio, que inficionó á todo el linage humano? Es verdad que habeis recibido de la naturaleza un nombre mas famoso: ¿pero por eso habeis recibido una alma de otra especie, ni que esté destinada á otro Reyno eterno, distinto del de los demás hombres de la mas ínfima clase? ¿En qué excedeis á éstos delante de aquel Señor, que no conoce mas títulos ni distinciones en sus criaturas, que los dones de su gracia? Con todo eso, Dios siendo tan padre suyo como vuestro, los entrega al

Tomo X.

E

tra.

trabajo, á la fatiga, á la miseria, y á la afliccion, y reserva al mismo tiempo para vosotros la alegría, el sosiego, la fama, y la opulencia: ellos nacen para padecer, para sufrir el peso del dia y del calor, para servir con sus trabajos y sudores á vuestros placeres, y á vuestras profusiones; para tirar, si es lícito decirlo así, como yiles animales, del carro de vuestra grandeza, y de vuestra ociosidad: esta casi infinita distancia que Dios ha puesto entre ellos y vosotros, ha servido jamás de objeto á vuestras reflexiones, quando debiera serlo continuamente de vuestro agradecimiento? Luego que nacisteis os hallasteis en posesion de todas estas utilidades: y sin acordaros del Soberano distribuidor de todas las cosas de la tierra, os habeis persuadido á que os eran debidas, porque siempre habeis gozado de ellas. ¡Ah! pedis á los que dependen de vosotros un agradecimiento tan expresivo, tan señalado, tan rendido; una sumision tan grande en aquellos que os son deudores de algun favor, que seria en ellos grave delito olvidarse un solo instante de lo que os deben; los beneficios que los habeis hecho os dan sobre ellos un derecho, que os los sujeta para siempre; pues inferid de aquí lo que debeis al Señor, al bienhechor de vuestros padres, y de toda vuestra familia: ¿Es posible que vuestros favores os han de formar esclavos, y los beneficios de Dios no le han de formar á su Magestad mas que ingratos y rebeldes?

Y así, Católicos, quanto mas hayais recibido de Dios, mas debe el Señor esperar de vosotros; ¡pero ay! esta ley de agradecimiento, que os está anunciando todo lo que os rodea, y que, por decirlo así, debiera estar escrita en las puertas y paredes de vuestros palacios, sobre vuestras posesiones, y sobre vuestros titulos, sobre el resplandor de vuestras dignidades, y de vuestros vestidos, no se halla escrita ni aun en vuestro corazon: Dios recogerá sus propios dones, Católicos, pues en vez de darle por ellos la gloria que le es debida, los volveis contra su Magestad: no pasarán á vuestra posteridad: mu-

dará toda esta gloria á otra familia mas fiel; puede suceder que vuestros descendientes expien en la miseria y en las calamidades el delito de vuestra ingratitud: las ruinas de vuestra grandeza serán como un eterno monumento, en donde escribirá el dedo de Dios con unos caracteres indelebles el injusto uso que de ella hubiereis hecho.

¿Pero qué digo? puede suceder que multiplique sus dones, que os llene de nuevos beneficios, que os eleve sobre la grandeza de vuestros antepasados, pero estos favores dimanarán de su ira; sus beneficios serán castigos; vuestra prosperidad consumará vuestra ceguera, y vuestro orgullo: este nuevo resplandor servirá de nuevo atractivo á vuestras pasiones; y al paso que se aumenta vuestra fortuna, se aumentarán tambien vuestras disoluciones, vuestra irreligion, y vuestra impenitencia.

Y así, Católicos, es error el mirar el nacimiento y la elevacion como un privilegio que os exceptúa, y minorá en vosotros vuestras obligaciones para con Dios, y las severas reglas del Evangelio: por el contrario, el Señor ha de pedir mas á aquellos á quienes hubiere dado mas: sus beneficios serán la medida de vuestras obligaciones: y así como os ha distinguido de los demás hombres con mas abundantes liberalidades, os pide tambien que os distingais de ellos por una mayor fidelidad: pero además de obligaros á esto el agradecimiento, quanto mayores incentivos hallan las pasiones en vuestro Estado, necesitais de mayor vigilancia para defenderos: en los Grandes se deben hallar grandes virtudes: la prosperidad es como una continua persecucion contra la fé; y si no teneis toda la fortaleza y valor de los Santos, presto tendreis mas vicios y flaquezas que los demás hombres.

Pero por otra parte ¿qué fundamento teneis para pensar que Dios debe mitigar sus leyes á favor vuestro, y pedirnos menos que al comun de los fieles? ¿teneis vosotros menos placeres que expiar? ¿os dá acaso vuestra inocencia derecho á su misericordia? ¿os habeis abstenido mas que los demás hombres de los deseos de la carne, para

creer que estáis dispensados de las mortificaciones que la refrenan y castigan? Habiendo vuestra grandeza multiplicado vuestras culpas, podrá ser este motivo de que minoreis vuestra penitencia? Mas os distinguís del pueblo por vuestros excesos que por vuestra clase, ¿pues cómo quereis, fundados en ésta, hallar en la religion excepciones que os sean favorables?

¿Qué idea es la que tenemos formada de la divinidad, Católicos? ¿qué Dios de carne y sangre es el que nos figuramos? Os parece que en aquel terrible dia, en el que solo Dios será grande, en el que el Rey y el esclavo se hallarán confundidos, en el que solamente se ha de atender á las obras, Dios solamente ha de juzgar favorablemente á aquellos hombres á quienes nosotros llamamos Grandes, á aquellos hombres á quienes ha llenado de beneficios, que han sido los dichosos en la tierra, que se formaron en ella una injusta felicidad, y que olvidando casi del todo al autor de su prosperidad, no vivieron mas que para sí solos, y que entonces ha de usar de todo su rigor contra el pobre á quien siempre estuvo afligiendo, y reservar toda la severidad de sus juicios para unos desgraciados, cuyos dias todos fueron de luto, y sus noches todas estuvieron llenas de trabajos en la tierra, y que no obstante esto le bendecian en su afliccion, y le invocaban en sus trabajos y amarguras? Vos, Señor, sois justo, y vuestros juicios siempre estarán llenos de equidad.

Pero, Señor, aun quando estos motivos de justicia y agradecimiento no bastaran para hacer cumplir á los Grandes con la fidelidad que por tantos títulos deben á Dios, ¿qué motivos no hallan tambien para esto en sí mismos?

La sabiduría y el temor de Dios, no son los únicos motivos que pueden hacer á los Principes y Grandes amados de los pueblos. Por estos medios, decia en otro tiempo un Rey joven, seré illustre entre las Naciones; los ancianos respetarán mi juventud; los Principes que están al rededor de mi Trono, baxarán respetuosamente

mente sus ojos en mi presencia; los Reyes vecinos, por mas poderosos que sean, me temerán, y seré amado en la paz, y temido en la guerra? *Per hanc timebunt me Reges horrenai; in multitudine videbor bonus; & in bello fortis.* (1) Por estos medios, mi reynado será agradable á vuestro pueblo: ¡oh Dios mio! gobernaré con justicia, y seré digno del Trono de mis Padres. *Per hanc disponam populum tuum justè; & ero dignus sedium Patris mei.*

No, Señor, ni el valor de vuestros Exércitos, ni lo dilatado de vuestro Imperio, ni la magnificencia de vuestra Corte, nada de esto os hará amado de vuestros pueblos: solamente la justicia, la afabilidad, y el temor de Dios son las que forman los buenos Reyes: vos, Señor, no podeis ser un Rey amado de vuestros pueblos, sino por vuestras virtudes: las pasiones que nos apartan de Dios, siempre nos hacen injustos y odiosos para con los hombres: los pueblos padecen siempre con los vicios de los Soberanos: el exceso en la autoridad, la debilita y afrenta: los Principes dominados de sus pasiones siempre son unos Soberanos molestos é inconstantes; quando el Soberano no es arreglado, no hay regla alguna en el gobierno: entonces no preside en sus consejos la prudencia y el interés público, sino el interés de las pasiones: el capricho y el gusto forma las decisiones que debiera dictar el amor á la rectitud; y los deleites son la principal máquina en que estriva toda la prudencia del Imperio: Señor, la prudencia y virtud del Soberano bastan por sí solas para hacer felices á los vasallos; y el Rey que teme á Dios, siempre es amado de sus pueblos.

Pero, Señor, el temor de Dios no solamente hace amable en los Principes y Grandes su autoridad, sino que tambien la hace gloriosa: todos los bienes, y todas las felicidades, decia aquel sabio Rey, me vinieron con este temor; y por su medio he estado siempre

(1) Sap. 8. 23.

acompañado de honor y de gloria. *Et innumerabilis honoras per manus illius*; Dios no toma baxo su protección sino á los qui viven baxo sus ordenes.

Bien sé que algunas veces es prosperado el impío, que se eleva como los Cedros del Líbano, y que parece insulta al cielo con una gloria vana, que juzga deberla solamente á sí mismo; pero esperad, y vereis que su misma elevacion le forma el precipicio: la mano del Señor le arrancará muy presto de la tierra: el fin del impío casi siempre es afrentoso: tarde ó temprano ha de venir á arruinarse este edificio de vanidad é injusticia; aun acá en la tierra sucederán la infamia y la desgracia al esplendor de los felices sucesos; acaso le veremos pasar una vejez triste y llena de desprecios: acabará con ignominia; Dios se vengará, y la gloria del hombre injusto no baxará con él hasta el sepulcro.

Recorred los siglos que nos han precedido, como decia en otro tiempo á sus hijos un Principe de los Judios: *Cogitate generationes singulas*; y vereis como el Señor siempre ha soplado sobre estas soberbias familias, y ha secado hasta su raiz; que la prosperidad de los impíos nunca ha pasado á sus descendientes; que los mismos Tronos y sucesiones reales se han arruinado baxo el Imperio de unos Principes ociosos y afeminados; y que la historia de los delitos y excesos de los Grandes es al mismo tiempo la historia de sus desgracias y de su decadencia.

Pero finalmente, Señor, en lo que los Principes y Grandes son mas inexcusables quando abandonan á Dios, es en que regularmente nacen con inclinaciones mas nobles y mas felices para la virtud, que los demás hombres.

Todavía era yo niño, decia el Rey Salomón, y ya se hallaba en mí el talento de una edad abanzada; conocia que debia á mi nacimiento una alma buena, y unos pensamientos mas nobles que los de los demás hombres: *Puer autem eram ingeniosus, & sortitus sum animam bonam.*

La

La sangre, la educacion, la historia de sus mayores pone en los corazones de los Grandes y de los Principes una semilla, y como una tradicion natural de virtud: la gente del pueblo, entregada desde su nacimiento á un natural bruto é inculto, no halla en sí mas proporcion para las obligaciones sublimes de la fé, que el peso y la bajeza de una naturaleza entregada á sí misma; aquellos respetos inseparables de un nacimiento distinguido, y que son como la primera escuela de la virtud, no pueden servir de freno á sus pasiones; y la educacion sirve de fomento al vicio desde su principio: los objetos viles que la rodean la abaten el corazon y los pensamientos: á nada aspira mas que á lo que en sí vé; como nació entre el cieno de los objetos sensuales, con dificultad forma ideas mas nobles: en las máximas del Evangelio hay una nobleza y una elevacion á que no pueden llegar los corazones viles y terrenos: la religion que forma las almas grandes, solamente parece que fue hecha para ellas; y para ser christiano es necesario, ó haber nacido noble, ó procurar serlo.

No ignoro que la gracia suple á la naturaleza: que la carne ni la sangre no dán derecho alguno al reyno de Dios; que los primeros Heroes de la fé salieron de entre el pueblo; que los vasos de barro en manos del Soberano Artifice se convierten muy presto en vasos de gloria y de magnificencia; y que qualquiera christiano nace Grande, porque desde luego nace para el cielo.

Pero un nacimiento distinguido es disposicion, por decirlo así, para los pensamientos nobles y heroicos que pide la fé: la sangre quanto mas pura se eleva mas facilmente: á los que han nacido para conseguir victorias, les debe costar menos trabajo el vencer las pasiones: el engaño y la mentira tienen mas difícil entrada en un corazon que no se ofende con la verdad, porque nada tiene que temer ni que esperar de los hombres; la esperanza de mejor fortuna no puede corromper la provididad de aquellos que no vén otra fortuna superior á la suya, y

qu

que tienen en sus manos la fortuna y la suerte del público: el respeto humano no acobarda ni detiene la virtud de los Grandes, porque todo el mundo se precia de imitarlos, y sus costumbres son siempre como una ley de la multitud: la vileza del desorden y de la disolucion halla siempre menos entrada en una alma á quien su nacimiento destina á cosas grandes: la regla y las obligaciones son como familiares á aquellos que están establecidos para mantener el orden y la regla en los pueblos: aunque estén cercados de mas lazos, hallan en sí mas frenos y mas remedios: la naturaleza por sí sola ha rodeado su alma de una guarda de honor y de gloria; finalmente, las primeras inclinaciones de los Grandes siempre son á la virtud, y si las convierten al vicio degeneran de su grandeza; y así deben á la religion un respeto de fidelidad que los haga observar sus máximas; pero al mismo tiempo la deben tambien un respeto de zelo que los haga defensores de su doctrina y de su verdad.

SEGUNDA PARTE.

La religion es el fin de todos los designios de Dios en la tierra: quanto ha hecho en el mundo todo lo ha hecho por el respeto á la religion; y todo debe servir al aumento de este Reyno de Jesu-Christo. Las virtudes y los vicios, los Grandes y el pueblo, los buenos y los malos sucesos, la abundancia ó las públicas calamidades, la elevación ó decadencia de los Imperios, todo finalmente, según los consejos eternos, debe cooperar á la formacion y aumento de esta santa Jerusalén: los Tyranos la purificaron con sus persecuciones; los fieles la perpetúan con la caridad, los incrédulos y libertinos la prueban y aseguran con los escandalos, los justos son testigos de su fé, los Pastores depositarios de su doctrina, y los Principes y poderosos protectores de la verdad.

Estos no deben contentarse con obedecer á sus leyes, porque esta es una obligacion comun á todos los fieles; la

ma-

magestad de su culto, la santidad de sus máximas, y el depósito de su verdad deben hallar una segura proteccion de su autoridad y de su zelo.

Digo, Señor, la magestad de su culto; porque no hay cosa de mas honor para la religion, que ver á los Grandes y Principes mezclados á los pies de los Altares con los demás fieles, cumpliendo con las comunes y exteriores obligaciones de la fé: á ellos corresponde contener con sus súplicas y respetuosas demostraciones en el Templo santo, las irreverencias y profanaciones públicas, y manifestar en ellos á la multitud lo indecente que es á unos vasallos el presentarse sin vergüenza ni respeto á los pies del Santuario, en cuya presencia se postran y humillan los Reyes y Principes: son deudores de este exemplo á los pueblos, y de este respeto á la Magestad del culto santo: ¡Ah! ¿es posible que han de mirar como propio de su clase el autorizar con su presencia las diversiones públicas, y han de tener á menos el concurrir á los cánticos de alegría y solemnidades santas de la religion? miran como interés del Estado el autorizar con su exemplo las diversiones del teatro, y los vanos espectáculos del siglo, ¿y no ha de participar la Iglesia de la utilidad de su exemplo en los sagrados y religiosos espectáculos de la fé?

Los públicos placeres no tienen necesidad de proteccion. ¡Ah! la corrupcion de los hombres los dá bastante seguridad de la perpetuidad de su crédito y duracion; y aun quando se miren como necesarios para la conservacion de los Estados, bien puede descuidar en este punto la autoridad del Magistrado, porque entre todas las públicas necesidades ésta es la que corre menos riesgo.

Pero las obligaciones de la religion, que no hallan en nuestros corazones cosa alguna que las favorezca, es necesario que sean mantenidas con grandes exemplos: el culto divino pierde toda su estimacion luego que los Principes y Grandes le desprecian: Dios no parece yá tan grande, si es licito explicarse así, luego que sus adora-

Tomo X.

F

do-

dores se hallan reducidos á solo el pueblo: su palabra no es oída, y cada día vá perdiendo de su autoridad, luego que solamente está destinada á servir de pan á los pobres y pequenuelos; las públicas obligaciones de la piedad se abandonan, y todo desfallece si la religion del Principe y de los Grandes no las sostiene y aviva: en este punto son uno mismo el interés del culto Divino, y el del Estado; y al Soberano le conviene mantener las augustas exterioridades de la religion, y la unidad de su doctrina, porque estas sirven de defensa al Trono, y acostumar á sus vasallos á que tributen á Dios y á la Iglesia el respeto y sumision que se les debe, porque si no tambien vendrán á negarseles á ellos mismos: las inquietudes de la Iglesia nunca distan mucho de las del Estado: quando se llega á sacudir el yugo de la fé, no se tiene mucho respeto al de los Principes: por mas que quiera lavarse de esta manchada heregia, la verdad es que en todas partes ha encendido el fuego de la sedicion: como debió su nacimiento á la rebelion, al mismo tiempo que trastornó los fundamentos de la fé, trastornó tambien los tronos y los Imperios; y al mismo tiempo que adquiria sectarios, formaba tambien rebeldes: por mas que queria escusarse, diciendo que las persecuciones de los Principes la pusieron las armas en las manos para una justa defensa, la Iglesia responderá que nunca opuso á las persecuciones mas que la constancia y la paciencia: su fé fue la única espada con que venció á los Tyranos: no ha multiplicado sus discipulos derramando la sangre de los enemigos; la sangre de sus Martyres ha sido la única semilla que la ha producido fieles: sus primeros Doctores no fueron enviados al mundo como leones para introducir en todas partes la desolacion y la guerra; sino como corderos, para ser degollados: ellos mismos dieron pruebas de la verdad de su mision, no peleando, sino muriendo por la fé: habian de ser llevados á presencia de los Reyes, para ser allí juzgados como reos, y no para dexarse ver con las armas en las manos para obli-

gar-

garles á que los favoreciesen: respetaban el cetro, aun quando estaba en unas manos idolatras; y estaban persuadidos á que hubieran afrentado, y aun destruído la obra de Dios, si para establecerla hubieran recurrido á arbitrios humanos.

Y asi los Principes, protegiendo la autoridad de la religion, confirman la suya: á ellos debe el Divino culto su primera magnificencia: en el imperio de los mas famosos Reyes de la extirpe de David recobró su gloria y magestad el Templo del Señor: los Césares, luego que abrazaron el Evangelio, sacaron á la Iglesia de la obscuridad á que la habian reducido las persecuciones. Un Carlo Magno, un S. Luis, ilustraron el resplandor de sus reynados, ensalzando el culto divino; y los públicos testimonios de su piedad, que han respetado los tiempos, y que todavia respetamos nosotros, hacen mas honor á su memoria, que las estatuas é inscripciones, que aunque immortalizan las conquistas y victorias, regularmente immortalizan tambien la vanidad de los Principes, y las desgracias de sus vasallos.

Pero los mismos motivos que obligan á los Grandes á mantener la magestad y decencia exterior del culto, los obligan al mismo tiempo á ser protectores de la santidad de sus máximas: es necesario que enseñen al pueblo á respetar la virtud, respetando ellos mismos á los que la practican; y asi deben una pública proteccion á la virtud.

Los justos, Señor, son el único manantial de la felicidad y prosperidad de los Imperios: por ellos concede Dios á los pueblos la abundancia y la tranquilidad. Si se hubieran hallado diez justos en Sodoma, no hubiera bajado sobre aquella infame ciudad el fuego del cielo: pereceria el Estado, se arruinaria el Trono, nuestras ciudades quedarian sepultadas y reducidas á cenizas, y tendriamos la misma desgraciada suerte que Sodoma y Gomorra, si no viera Dios aún entre nosotros algunos siervos fieles, si no conservára aún entre nosotros algunas semillas de virtud, y si la inocencia del Augusto y precio-

so Niño, única semilla que nos ha quedado de la sangre de nuestros Reyes, no detuviera los rayos que debiera ya haber atraído sobre nosotros la pública disolución de nuestras costumbres: *Nisi Dominus reliquisset nobis semen, sicut Sodoma facti essemus, & sicut Gomorra similes fuisset.* (1) Los Principes, Señor, tienen interés en proteger la virtud, pues los Imperios, las Monarquías, y el mundo entero solo durarán en quanto haya virtud en la tierra.

Pero, Señor, los Principes no solamente deben honrar á los justos con un simple respeto, sino tambien con su confianza, porque no hallarán entre los hombres otros amigos fieles, sino aquellos que sean fieles á Dios: deben honrarlos con los empleos públicos, porque la autoridad solamente está segura y bien colocada entre las manos de aquellos que la temen: con su favor; porque los grandes talentos suelen ser los mas peligrosos, si no sabe hacerlos útiles el temor de Dios; con la mayor inmediacion á su persona, porque nada hay que temer de la familiaridad de aquellos que respetarán aun nuestros desprecios y malos tratamientos: finalmente, con las gracias; porque no pueden ser ingratos á nuestros beneficios aquellos que solamente nos aman por obligacion y por conciencia.

¡Qué felicidad, Señor, para el siglo, para el Imperio, y para los pueblos, quando Dios por su misericordia los concede Principes que amparan y protejen la virtud! por su medio crecen y se aumentan los talentos útiles á la Iglesia: se forman y son protegidos los Obreros fieles, destinados á sembrar la ciencia de la virtud, á arrancar los escandalos del Reyno de Jesu-Christo, y á avivar las obras dignas del espíritu que los anima: por su medio se levantan entre nosotros casas santas, establecimientos piadosos, en donde se preserva la inocencia, y en donde librandose del naufragio, halla un puerto seguro: finalmente, por su medio nuestros sucesores hallarán tam-

(1) Rom. 9. 29.

tambien estos públicos asilos de salvacion, felices monumentos que perpetúan la piedad en los Imperios, que aseguran á los Principes el agradecimiento de las edades futuras, que hacen que la posteridad se interese en su gloria, y que los constituyen heroes de todos los siglos.

La gloria de los monumentos que han levantado la vanidad ó la adulacion, será sepultada por el tiempo en el olvido, ó borrada por las censuras y juicios mas equitativos de la posteridad: las futuras edades disputarán á la mayor parte de los Soberanos los títulos y honores que los habia concedido su siglo; pero la gloria de los públicos socorros, concedidos á la virtud, y que durará aun despues de sus dias, nunca les será disputada: muy grande fue el Rey á quien todavia lloramos, pero entre todos los monumentos levantados con tanta justicia para inmortalizar la memoria de su reynado, los dos piadosos y augustos edificios, en donde por una parte el valor, y por otra la nobleza del sexô fragil, hallarán hasta el fin públicos y seguros socorros para sus necesidades, son los títulos que le aseguran los mayores elogios, y el mayor agradecimiento de la posteridad.

Este es el zelo de proteccion, que los Principes y Grandes deben á la santidad de las máximas de la religion; pero no son menos deudores de él al sagrado depósito de su doctrina y de su verdad; y nuestro siglo con especialidad, en el que hace tantos progresos la irreligion, debe despertar mas su cuidado y su zelo.

Confieso que en todos los siglos ha habido impíos: que en todas las edades, y en todas las naciones se han visto espíritus infames y soberbios, que no solamente en su corazon, y en secreto, sino tambien en público, se han atrevido á pronunciar la blasfemia de que no hay Dios; y que aun desde el mismo tiempo de Salomón, quando aún estaba tan reciente la memoria de las maravillas del Señor en Egipto, y en el desierto, ya proponian contra el culto que se daba al Altísimo aquellas impías dudas, que despues se han convertido en idioma corriente de la incredulidad

Pero aunque hubo impíos en otros tiempos, el mismo mundo los miraba con horror; y estos enemigos de Dios, solamente se han dexado ver en la tierra para ser el desprecio y la ignominia de todos los hombres.

Pero hoy, ¡Ah! la impiedad casi se ha convertido en una señal de distincion y de gloria: hoy es un título que dá honor, y aun hay algunos que se le atribuyen por una abominable ostentacion, al mismo tiempo que su conciencia se le está negando, no atreviéndose á sacudir el yugo: hoy es una especie de mérito, que dá facil entrada para con los grandes, que ensalza, por decirlo así, la baxeza del nombre y del nacimiento, que dá á los hombres mas indignos un privilegio de familiaridad para con los principales del pueblo, del que se avergüenzan nuestras costumbres, no obstante estar tan corrompidas; y la impiedad, que debiera obscurecer aun el mismo resplandor del nacimiento y de la fama, adorna y ennoblece al mas obscuro y baxo nacimiento: los Grandes han dado estimacion á la impiedad, pues á ellos les corresponde degradarla y confundirla.

¡Qué vergüenza para la religion, Católicos! los mayores hombres del Paganismo hablaban con respeto de las supersticiones de la idolatría, cuya puerilidad y extravagancia estaban conociendo: pensaban como los sábios, y no obstante hablaban como el pueblo: no se hubieran atrevido jamás, con toda su reputacion y su ciencia, á insultar en público á un culto insensato, porque se le hacia respetable su antigüedad, y las leyes del Imperio; y el mismo Sócrates, honor de la Grecia, el primer Filosofo del mundo, tan estimado de todos los siglos, y que tan amado fue en el suyo, perdió la vida por pública sentencia que contra él dió la ciudad de Athenas, por haber hablado con menos respeto de aquellos ridículos dioses, á quienes sus ciudadanos no debian tanto honor ni respeto como á él.

¡Y entre nosotros ha de ser insultado el Dios del cielo y de la tierra, sin que por esto se despierte el públi-

co zelo! ¡baxo el imperio de la fé, unos hombres viles é ignorantes han de hacer pública burla de una doctrina baxada del cielo, aplaudiendo la impiedad; y en un reino en donde el título de Christianísimo es el mayor timbre de nuestros Reyes, la incredulidad, por falta de castigo, ha de ser un título de honor para los vasallos! ¡Es posible que los vanos ídolos han de haber tenido á su favor el ministerio público que los vengase contra los prudentes y sábios, y solamente el Dios verdadero no ha de tener quien le vengue de los libertinos é insensatos!

Vengad el honor de la religion, vosotros Católicos, cuyos ilustres antepasados fueron sus primeros depositarios, y de la que consiguientemente sois vosotros los primeros defensores: apartad de vosotros al impío, y nunca tengais por amigos á los enemigos de Dios: ¡qué cosa puede haber mas digna de un Grande, que no permitir que en su presencia se afrente ni insulte la fé de sus padres! el faltar en vuestra presencia al respeto que se debe á la religion que profesais, es faltar al que á vosotros se os debe: este es un estilo indecente, que ofende el respeto y la atencion que merecis: os desprecian, quando en vuestra presencia desprecian al Dios á quien adorais: manifestad, pues, una indignacion que cierre la boca al incrédulo quando habla conversaciones impías: la vanidad solamente es la que forma impíos, y así serían éstos muy raros si se viesen despreciados.

Tened vosotros mismos un noble y religioso respeto á las verdades de la religion: la verdadera elevacion del entendimiento consiste en poder conocer la magestad y grandeza de la fé: los grandes talentos por sí mismos nos guian á la sumision; la incredulidad es vicio de talentos cortos y limitados: el que todo lo quiere saber, todo lo ignora: las contradicciones y los abismos de la impiedad son aún mas incomprendibles que los misterios de la fé; y mas trabajo la cuesta á la razon sacudir el yugo, que obedecer y sujetarse á él.

Quiera el Señor que vuestro respeto y vuestro zelo
por

por la religion de vuestros padres cultive y fomento el del joven Principe, á cuya persona estais unidos por razon de vuestras dignidades y de vuestro nacimiento; y cuya educacion está confiada, por decirlo asi, á todos aquellos que tienen el honor de acercarse á él: halle en vosotros los primeros testigos de la fé que colocaron en el Trono sus mayores: el zelo por la defensa de la Iglesia, que en él circula por sus venas con la sangre, se avive y se encienda con vuestro exemplo; manifestadle que los primeros enemigos contra quienes tiene que pelear son los errores y novedades profanas, y haced que sea mas zeloso de los antiguos límites de la fé, que de los de la Monarquía.

¡Oh Dios mío! haced que la tranquilidad de su reynado sea la de toda la Iglesia, que se sosieguen las turbaciones que la inquietan, aun antes que él pueda conocerlas; que restablecida entre nosotros la paz y la concordia, prevenga la severidad de sus leyes, y nada dexé que hacer á su zelo; y que su reynado sea el reynado de la paz y de la verdad; que el Leon y el Cordero vivan juntos y en paz baxo su imperio; y que este milagroso Niño, como dice Isaías, los guie, y los vea juntos en unos mismos pastos. *Et puer parvulus minabit eos*: que no se regocige el campo de los Filistéos con nuestras disensiones, y que si oyen gritos al rededor del Arca, no sean aquellos que anuncian sus peligros y nuevas desgracias, sino sus triunfos y su gloria. Amen.

SERMON

PARA EL TERCERO DOMINGO

de Quaresma, sobre la desgracia de los Grandes que abandonan á Dios.

Cum immundus spiritus exierit ab homine, ambulat per loca inaquosa, querens requiem, & non invenit. Luc. 11. 24.

Quando el espiritu immundo sale de un hombre, anda por los lugares desiertos buscando descanso, y no le halla.

SEÑOR:

Aquel espiritu inquieto é immundo, que sale y vuelve á entrar en el mismo hombre de donde habia salido, que continuamente está mudando de lugar, y variando de habitacion sin que ninguna le agrade; que anhela por descubrir caminos agradables y deliciosos, y siempre anda por sendas tristes y áridas; que busca descanso y no le halla; es una imagen del genio y carácter de aquellos Grandes de la tierra, que siempre andan inquietos y agitados, y que son mas infelices que el simple pueblo; luego que abandonando á Dios se entregan á sus pasiones, y á sí mismos.

Esta es la idea natural de aquel estado de elevacion y prosperidad tan embidiado del mundo, y tan poco digno de ser embidiado segun Dios. La felicidad, Señor, no está vinculada á los titulos ni á las dignidades, sino solamente á la inocencia de la vida: lo que nos eleva sobre los demás hombres no es lo que nos hace felices, sino lo que nos reconcilia con Dios: Vuestra Magestad, Señor, tiene sobre su cabeza la mas hermosa Corona del Uni-

